

Servicios mínimos

Saban Styrmir

El móvil vibra contra la encimera y Andrés lo deja vibrar. Cuenta los zumbidos: tres, cuatro, cinco. El nombre de Laura parpadea en la pantalla. Laura no llama un domingo a las diez de la mañana. Laura envía audios de cuarenta segundos con instrucciones sobre recetas o historiales o esas cajas de vacunas que siempre llegan con una de más. Laura no llama.

Descuelga.

—Andrés, perdona. Es Carmina.

No hace falta apellido. En El Empalme solo hay una Carmina que llame al consultorio los domingos, los festivos, los martes de mercado en Candás y cualquier otro día en que se le ocurra algo que contarle al médico.

—Laura, es diecisiete de febrero. Estoy de paro.

—Ya sé qué día es. Dice que le duele el pecho.

Andrés mira el café. Lo ha hecho con la cafetera italiana de su madre, la que se trajo de Gijón cuando le dieron la plaza, y todavía no le ha dado un trago. Fuera llueve lo que lloverá todo febrero en Carreño: una cortina fina, continua, que no parece agua hasta que sales y en tres minutos llevas la ropa pegada al cuerpo.

—¿Le has dicho que llame al 112?

—Le he dicho. Me ha contestado que el día que se suba a una ambulancia será con los pies por delante.

—Laura.

—Ya, Andrés. Ya lo sé.

Cuelga. El grupo de WhatsApp del sindicato tiene setenta y dos mensajes nuevos desde las ocho de la mañana. Comunicados, fotos de piquetes en Oviedo, un PDF con los servicios mínimos decretados por la Consejería. Andrés ha leído el Estatuto Marco entero, las cuarenta y siete páginas, subrayado con rotulador amarillo, y puede recitar de memoria el artículo 9 bis que equipara las guardias de veinticuatro horas a una jornada ordinaria, como si un día sin dormir fuera lo mismo que ocho horas detrás de un escritorio. La huelga es justa. Eso no lo duda.

Abre el chat de Laura. Escribe: «Dile que llame al 112, que hoy no estoy.» Mira la frase en la pantalla. La borra letra por letra. Cierra WhatsApp.

Se pone las botas de agua.

La carretera de El Empalme a Perlora sube entre eucaliptos y baja hacia prados donde las vacas llevan semanas sin levantar la cabeza del barro. El Seat Ibiza de Andrés tiene doscientos cuarenta mil kilómetros y un limpiaparabrisas que chirría cada cuatro segundos. Exactamente cada cuatro. Lo tiene cronometrado. Si le cambia la goma, echa de menos el ritmo.

La casa de Carmina está al final de un camino sin asfaltar que los coches de Google no han cartografiado. Es una casa de planta baja con tejado de teja árabe, un hórreo que ya no guarda nada y un laurel enorme que tapa la mitad de la fachada. Andrés aparca junto a una furgoneta que lleva tanto tiempo ahí que la hiedra le sube por la rueda trasera. Era del marido.

La puerta de la cocina está abierta. En las parroquias de Carreño nadie cierra con llave.

Entra.

El olor le llega antes que la imagen: caldo de berzas, leña de castaño, algo dulce debajo de todo, como manzana cocida. La cocina económica arde a la izquierda. La mesa, contra la pared del fondo, tiene un mantel de hule con flores y dos platos hondos. Dos cucharas. Dos vasos. Dos servilletas de tela dobladas en triángulo. Carmina vive sola desde hace once años.

—¿Carmina?

—En la sala.

La encuentra en una butaca de escay marrón, junto a la ventana. Tiene los pies en unas zapatillas de cuadros, las manos cruzadas sobre el regazo, la tele puesta en un programa de esos donde la gente grita sobre herencias. No le ha subido el volumen. Probablemente no la esté viendo.

—A ver, enséñeme. ¿Dónde le duele?

Carmina se señala el pecho con un gesto vago, circular, que abarca más o menos desde la garganta hasta el estómago.

—Aquí.

Andrés abre el maletín. Estetoscopio, tensiómetro, pulsioxímetro. Le toma la tensión: ciento treinta y cinco con ochenta. Le pone el pulsioxímetro en el índice: noventa y siete por ciento. Pulso: setenta y dos. Le ausculta el pecho. Los pulmones suenan limpios, el corazón regular, sin soplos, sin extrasístoles. Nada. Le palpa el abdomen. Nada. Le mira las piernas por si hay edema. Nada.

—¿Desde cuándo le duele?

—Desde ayer.

—¿Ayer cuándo? ¿Mañana, tarde, noche?

—Después de comer.

—¿Qué comió?

—Fabada.

—¿Sola?

—¿La fabada o yo?

Andrés la mira. Carmina no sonríe, pero le sostiene la mirada con esos ojos grises que tienen todos los viejos de la costa, ojos que el salitre ha ido aclarando con los años hasta dejarlos casi transparentes.

—Usted.

—Pues claro que sola. ¿Con quién voy a comer?

Andrés guarda el estetoscopio. Se sienta en la otra butaca, la que nadie ha usado en once años. El escay cruje. Huele a cerrado, a polvo tibio, al fantasma de un cuerpo que se sentó ahí miles de tardes a ver la lluvia por esa misma ventana.

—Carmina, no tiene usted nada en el pecho.

—Algo tendré, hijo. Que me duele.

—Tiene la tensión perfecta para su edad. Saturación impecable. El corazón como un reloj. Le puedo hacer un electro en el consultorio mañana si quiere, pero ahora mismo no encuentro nada.

Carmina se mira las manos. Manos anchas, cuarteadas, con las uñas cortadas a tijera y una alianza que le baila en el anular porque los dedos han adelgazado pero la alianza no.

—Él comía la fabada con dos huevos fritos encima. Decía que así era como la hacían en Avilés, que allí las cosas se hacían en condiciones. Cuarenta y tres años diciéndole que él no era de Avilés, que era de Perlora de toda la vida, y cuarenta y tres años poniéndole los huevos fritos encima igual.

Carmina mira hacia la cocina. Hacia la mesa. Los dos platos.

—Ayer puse la mesa y me senté a comer y pensé: qué tontería. Pero ya estaba puesta. Y la fabada estaba hecha. Y los huevos fritos.

Andrés se queda en la butaca. El programa de herencias sigue gritando sin volumen, el agua repiquetea contra el cristal, la cocina económica crepita.

—¿Quiere que le haga el electro ahora?

—¿Tiene usted el aparato ahí?

—No, pero lo tengo en el consultorio. Está a diez minutos.

—¿No estaba usted de huelga?

—Estoy de huelga.

—Pues entonces no me haga nada, que luego le riñen.

—Los servicios mínimos cubren urgencias, Carmina.

—Esto no es una urgencia.

—No.

—¿Entonces?

Andrés se levanta. Va a la cocina. Levanta la tapa de la olla que borbotea y le sube el vapor a la cara, denso, con ese punto de pimentón y tocino que tienen los caldos de esta parroquia y que ningún restaurante de Gijón ha conseguido reproducir. Caldo de berzas. Suficiente para cuatro personas, mínimo.

—¿Ha comido hoy?

—Todavía no.

Mira los dos platos en la mesa. Las dos servilletas. Las dos cucharas que no esperan a nadie.

—¿Me pone un plato?

Carmina tarda un momento. Uno largo. Se agarra a los brazos de la butaca y se levanta con ese movimiento calibrado de los viejos que saben exactamente cuánto les cuesta cada gesto y no piensan malgastar ni uno.

—Siéntese, ande. Que el caldo no está para esperar.

Le sirve hasta el borde. Deja la olla en un salvamanteles de corcho quemado por los bordes y se sienta enfrente. Coge la cuchara. No reza, no brinda, no dice nada. Come.

Andrés come.

El caldo quema y sabe a berza tierna, a patata deshecha, a chorizo que ha soltado la grasa buena.

Carmina le ha llenado el plato hasta el borde como si llevara esperándole toda la mañana.

A la una y media, Andrés lava los platos. Carmina le deja porque discutir con un hombre que le saca cuarenta centímetros y que además es médico nunca acaba bien. Le seca las manos en un trapo que tiene bordado RECUERDO DE COVADONGA y se queda de pie en la puerta de la cocina.

—Mañana abro el consultorio a las ocho y media. Venga y le hago el electro.

—¿No estaba de huelga?

—Los servicios mínimos, Carmina. Los servicios mínimos.

Sale. La lluvia ha espesado y ahora sí parece agua. Arranca el Seat Ibiza, el limpiaparabrisas chirría cada cuatro segundos, los eucaliptos gotean, el camino sin asfaltar tiene ya charcos en los que caben los neumáticos enteros.

En el primer semáforo de Candás, saca el móvil. Ciento once mensajes en el grupo del sindicato.

Abre el chat de Laura.

«Mañana a las 8:30. Ponme a Carmina la primera.»

Laura responde en quince segundos. Un emoji de pulgar arriba y una frase:

«El caldo, ¿estaba bueno?»

Andrés guarda el móvil. El semáforo cambia a verde. La lluvia sigue.